

Mad. 1892

OBRAS

COMPLETAS

DE FLAXMAN,

GRABADAS AL CONTORNO POR D. JOAQUIN PI Y MARGALL.

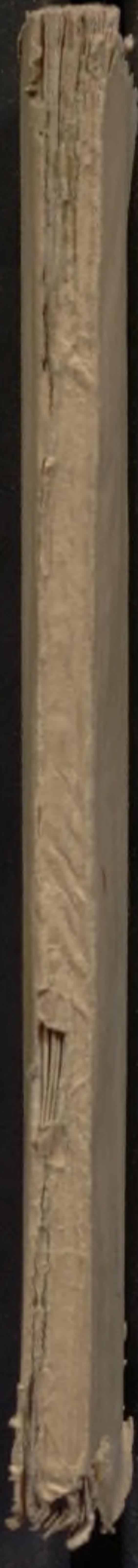
LAS TRAGEDIAS DE ESQUILO.

MADRID.

M. RIVADENEYRA. — IMPRESOR. — EDITOR.

calle de la Madera, número 8.

1861



JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO.

Libros depositados en la  
Biblioteca Nacional

Procedencia

**F Madrazo**

N.º de la procedencia

Mad. 1892



TRAGEDIAS DE ESQUILO  
GRABADAS POR J. P. Y MARGALL  
TOMADAS DE LAS  
COMPOSICIONES DE JUAN FLAKMAN.



Flakman.

P. J.



63917



Vulcano

P. de

*Vulcano secundado por la fuerza y la violencia encadena a Prometeo.*





Plamman

Pi. Se.

*Las ninfas del Océano expresan su dolor por el estado a que lo ha reducido Júpiter.*





Flaciano.

Pl. 30.

*El Oceano con de Prometeo toma parte en las desgracias de su sobrino.*





*Pharmas*

*Sueño de lo*

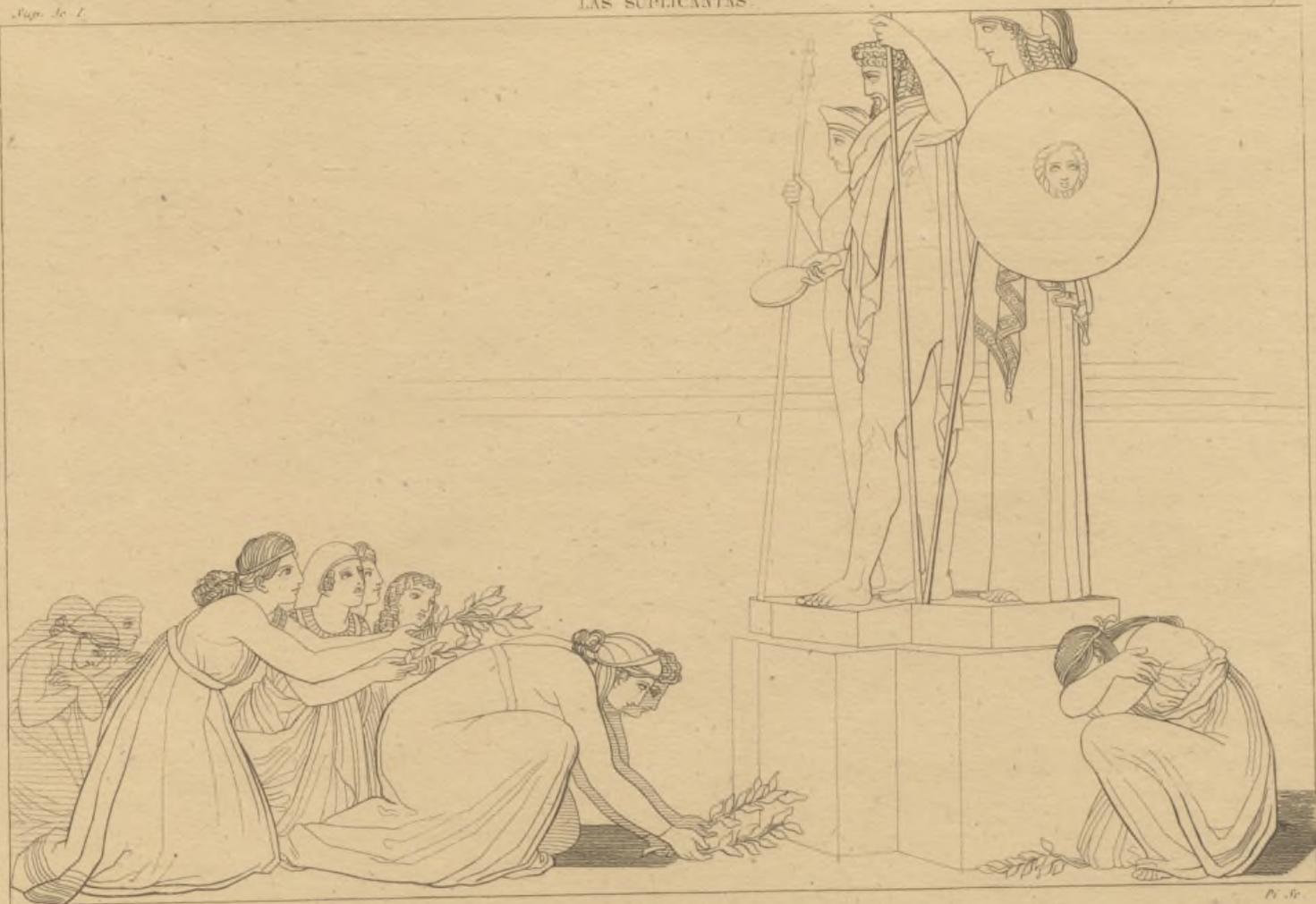
*A. G.*





*Prometeo herido por el rayo de Júpiter.*





Flaminio

Pl. 36

*Las Danaidas desembarcadas en Argos ruegan á Júpiter, Juno y Minerva los sean favorables.*



Faint, illegible text or a signature, possibly a title or description of the scene, located below the illustration.



Danaos

Danaos

Pl. 36

Las Danaidas á la llegada de los de Argos van á colocarse al abrigo de los altares por consejo de Danao.





Fleischer

Pelagos

Pl. 18

*Pelagos toma bajo su proteccion á las Danaides que un heraldo enviado por Egipto arrancaba del altar de Júpiter.*





Fig. 17.

Fig. 17.

*Venus acompañada de los Amores y de la Armonia.*



Los 7 Gefes de 1.



Polixeno

Amfio

Polidoro

Capaneo

Patroclo

Amfio

Hipoclo

Teo

Pl. 11.

*Sacramento de los siete gefes.*



Lac. N. Ge. Se. II.



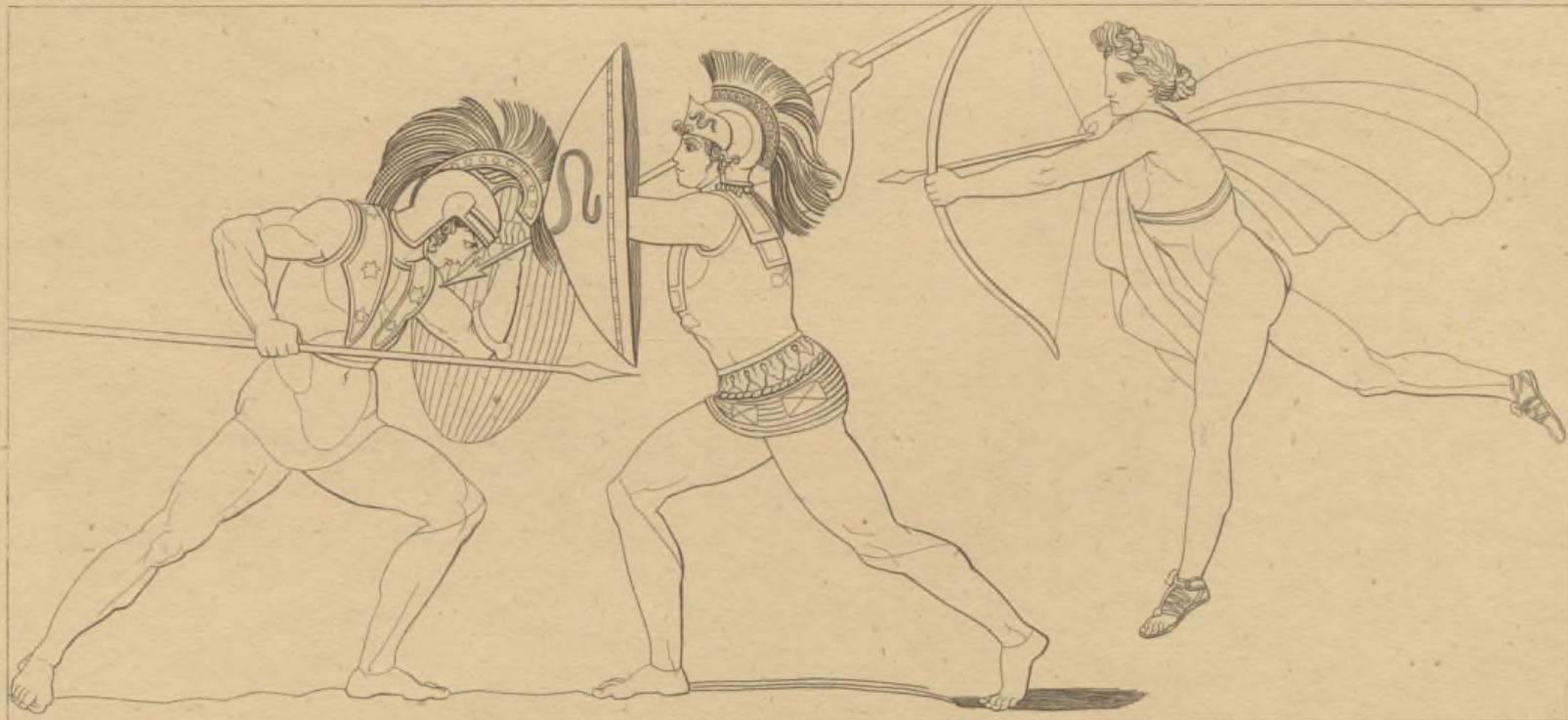
Phacusa

Coco de Tébanas.

Pl. Se.



THE GARDEN OF THE GODS



Polinice

Polinice

Eteocle

Apollon

Pl. 12

Combate de Eteocle y Polinice.





Phacelia : Chorus

Isaène

Antigone

Polixène

Étéocle

Ps. 56

*Funérailles de Étéocle y Polixène*





Pinx. Goussier

Pl. 15

*Almna del coro de las musas sobre los acontecimientos del sitio de Troya.*





F. S.

Vision d'Helène.

Pi. 56

*Solo guardaba de Helena una vana pintura que despertaba la cólera de su esposo.*





Flaxman.

Agamemnon Cassandre

Le Chariot

P. 56

*Vue de Agamemnon à sa patrie.*



THE THREE KINGS AT THE BIRTH OF CHRIST



Agamemnon.

Le Chœur.

Clytemnestre.

Le Chœur.

Pl. 3.

Triunfo de Clitemnestra con la muerte de Agamenon y de Casandra à los cuales acaba de asesinar.



Los Coe de I.



Electra

Electra

Pl. 56

Electra à la cabeza de un coro de doncellas lleva ofrendas à la tumba de Agamemnon



*Faint, illegible text or a signature, possibly a name or a date, located below the sketch.*



Maximilien

Pilate

Oreste

Electre

IV. 6

*Orestes reconocido por su hermana.*





Flaxman.

Oreste

Clytemnestre

Egisto

Electra

Pl. Sc.

Muerte de Egisto y de Clitemnestra.



THE END OF THE WORLD



*Orestes perseguido por las Furias*



Las Eum. de J.



Minerva

Diana

Apollo

Las Eum.

Pl. Se

*Apolo Diana y Latona.*





Orpheus

Orpheus

Apollo

Pl. II

*Orpheus supplie à Apolo le libre de las Furies.*





Requena

La sombra de Clitemnestra pide venganza à las Furias. la Eumenide principal despierta à sus compañeras.

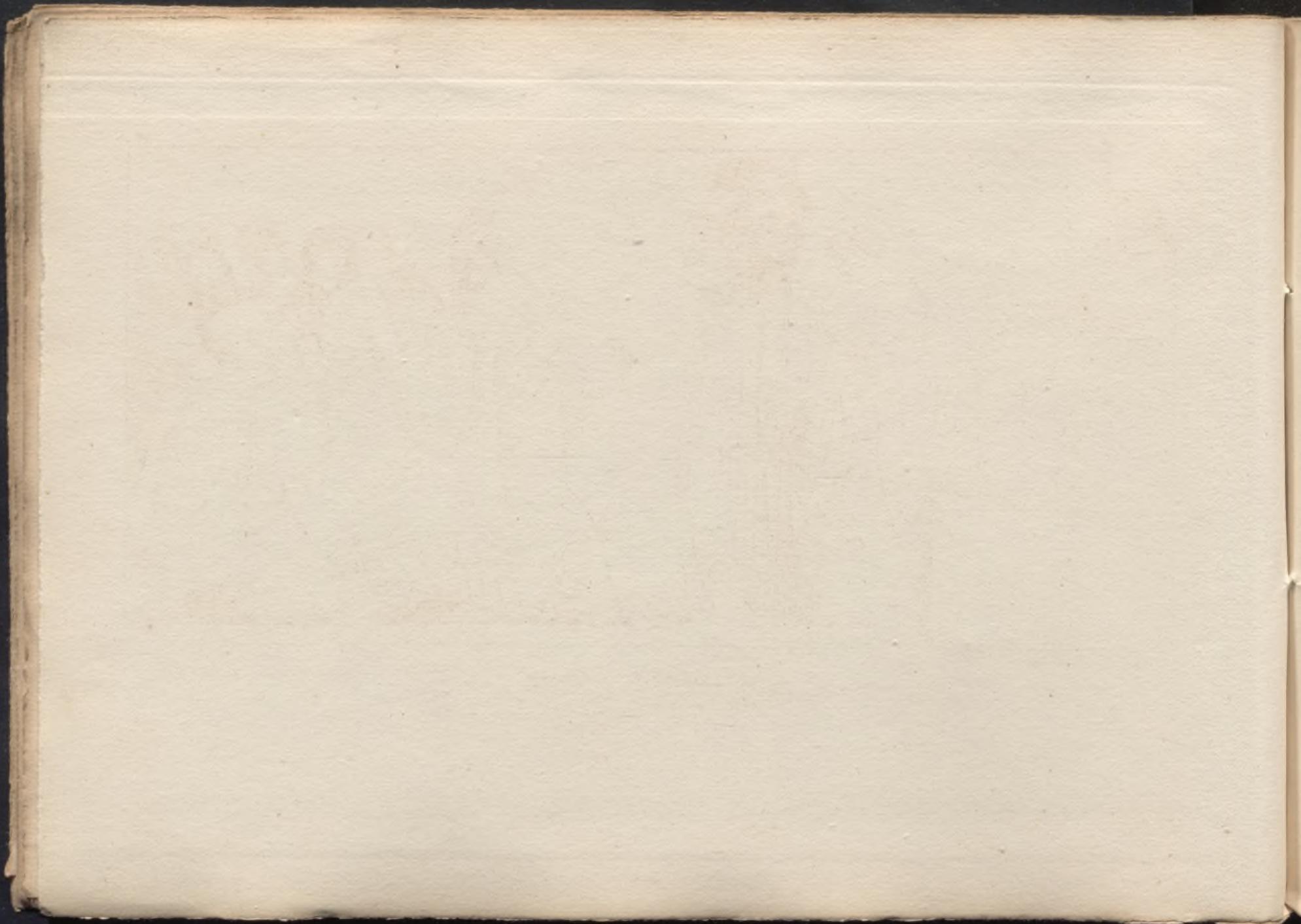




Fineonati

Pl. 3v

Las Euménides persiguen al culpable hasta el Infierno.



Las Eum. de V.



Flavian. El Arceopago.

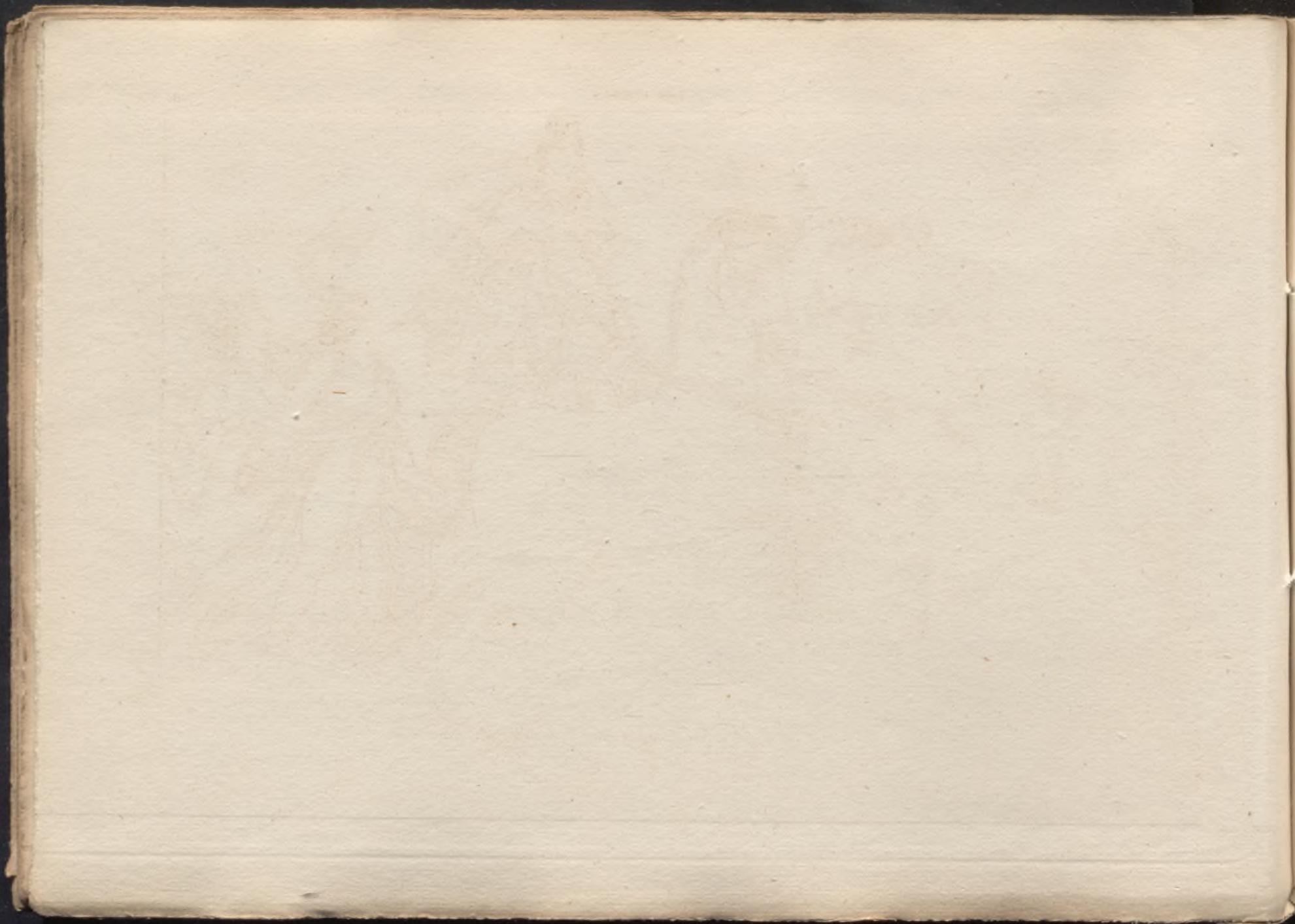
Oracles.

Museya. Apolo.

Eumenides.

Pl. 6.

*Oracles. Juzgado por el Arceopago.*

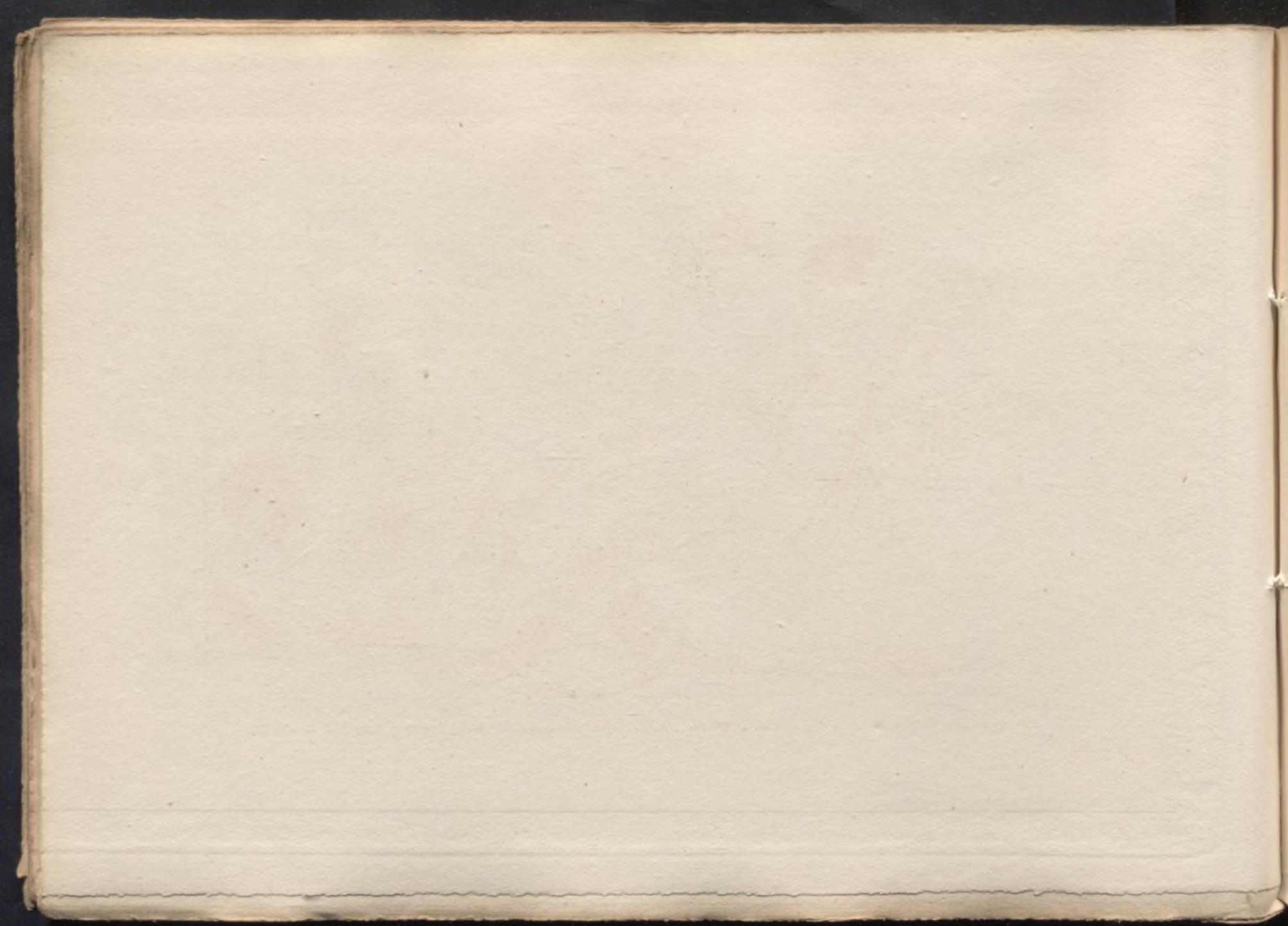


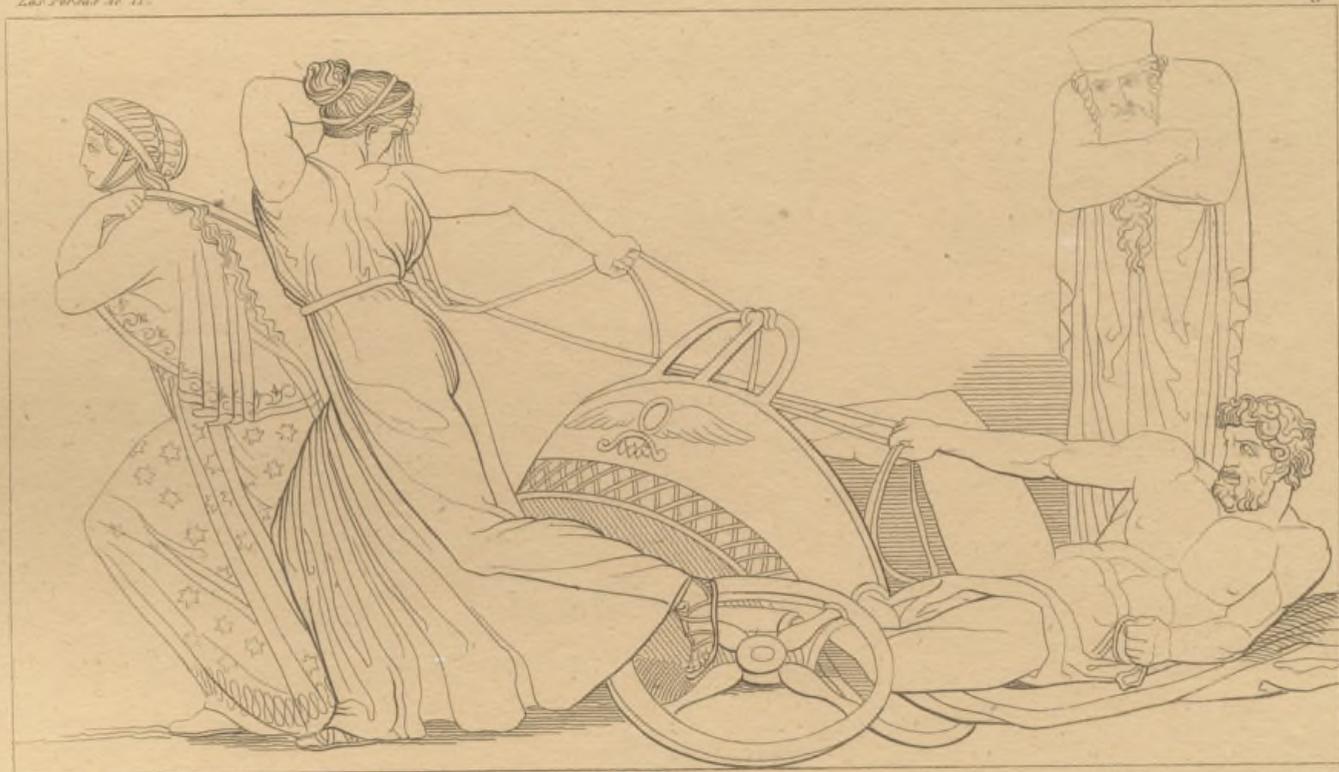
Las Peras de H.



P. 36

Al nacer la Aurora los Griegos dan la batalla de Salamina.





Flaccian.

La Persia.

Ionia.

Vejes.

Dario.

Pi. Sc.

*La reina Atos, su suegra, ve á Vejés derribado de su carro por Ionia que él hubia uncido junto con la Persia.*

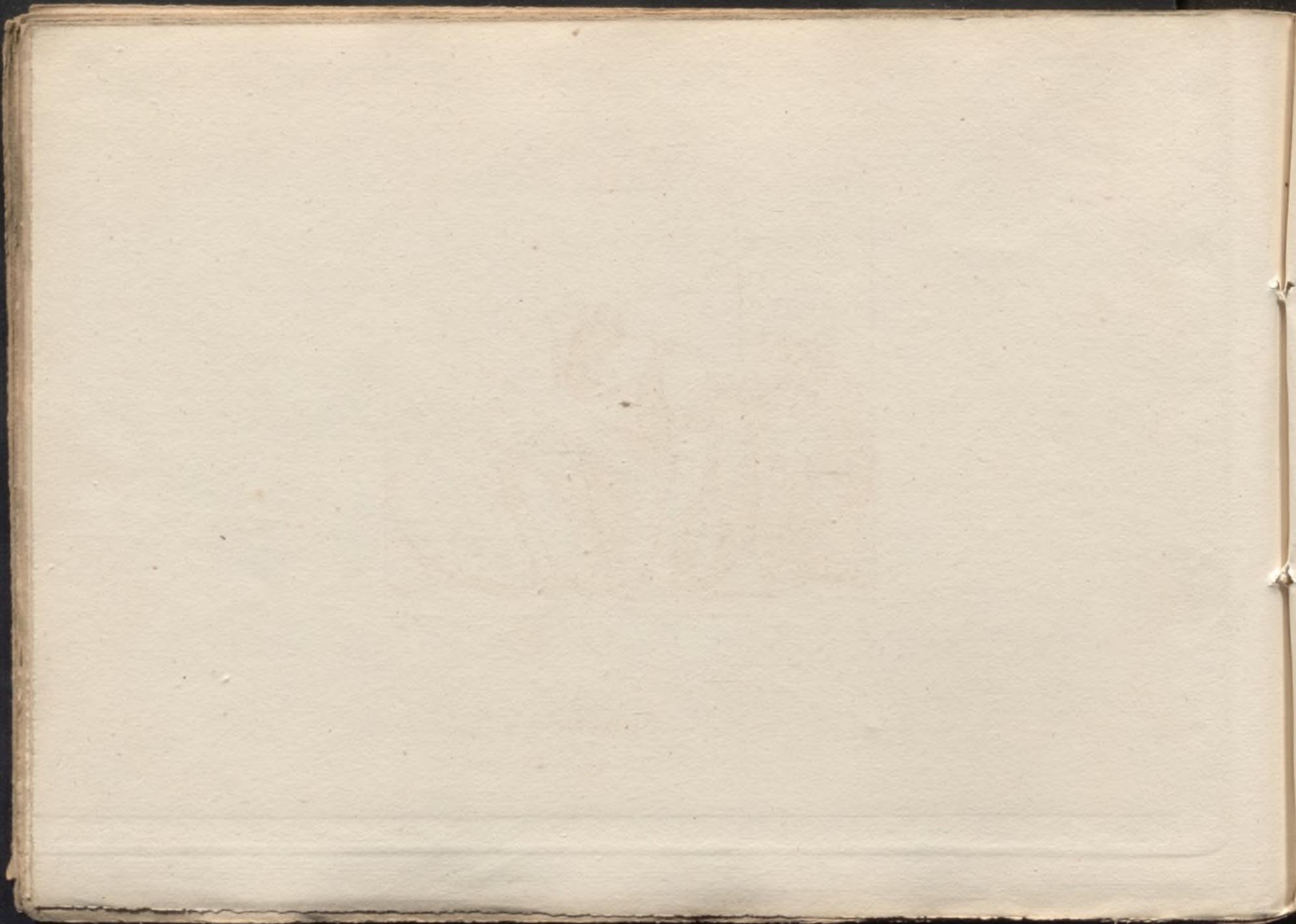




Flaminio

Pl. 36.

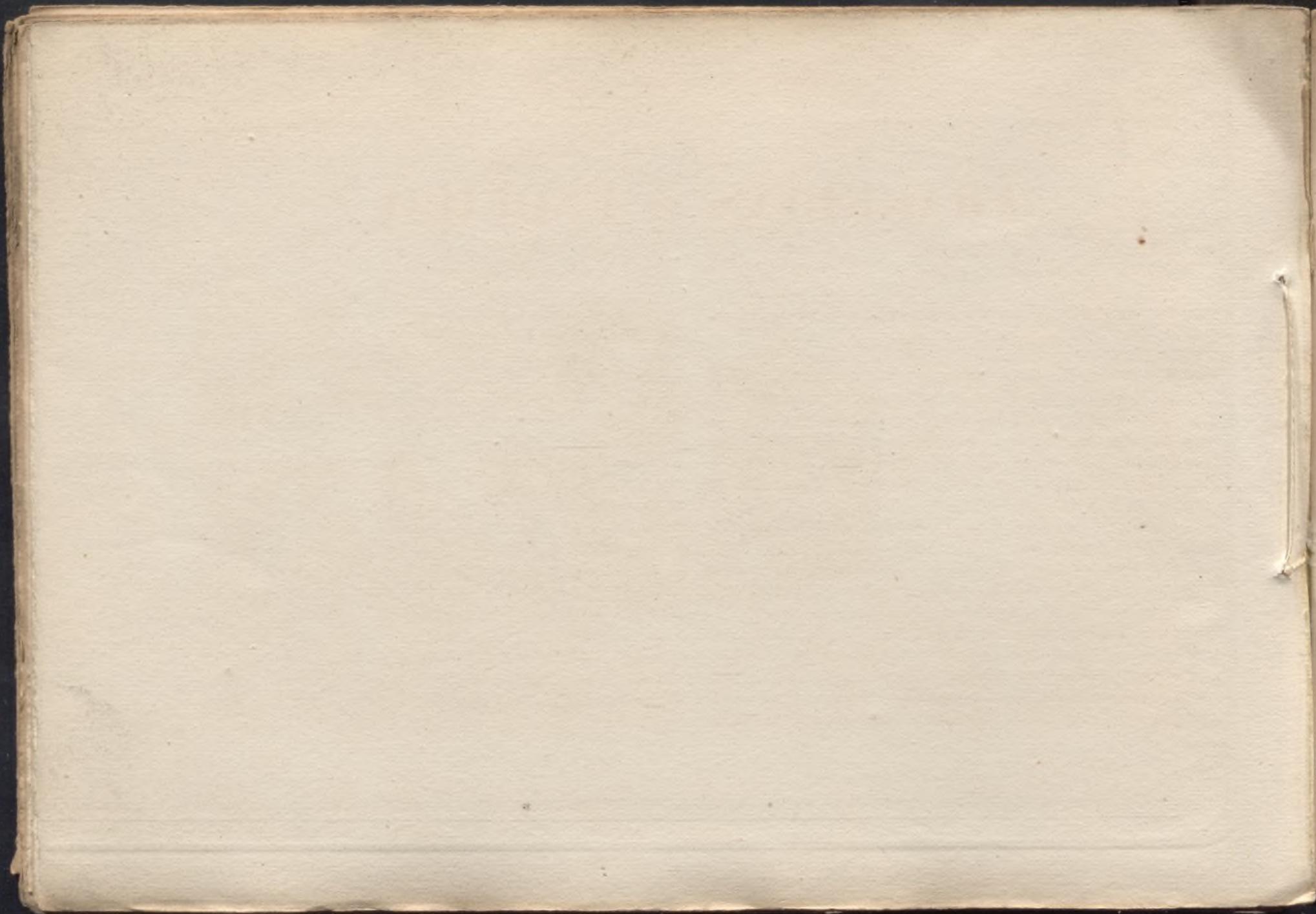
Las Perseas vencidas por los Griegos.





P. S.

Asia ueruida.



## EXPLICACION DE LAS LAMINAS

DE LAS

# TRAGEDIAS DE ESQUILO.

1.<sup>a</sup> La primera lámina es la portada general de esta Coleccion.

### PROMETEO ENCADENADO.

2.<sup>a</sup> El titan Prometeo, condolido de la ignorancia y miseria de la raza humana, le proporciona el fuego y le enseña todas las artes. Indignado Júpiter por este beneficio hecho á los hombres, *séres de un dia*, segun la frase de Esquilo, ordena á Vulcano que encadene al protector de los mortales sobre una roca solitaria. La Violencia y la Fuerza, divinidades implacables, velan por el cumplimiento de este terrible mandato. Prometeo, insensible á las palabras afectuosas de Vulcano y á los insultos de la Violencia, espera para quejarse la marcha de sus verdugos.

3.<sup>a</sup> Prometeo invoca al viento de rápidas alas, á los rios, á las olas del mar, á la tierra, nodriza del mundo, y al sol, *ojo que todo lo ve*, poniéndoles por testigos de los tormentos y ultrajes con que Júpiter le aflige por el solo delito de proteger á los hombres. Las ninfas del Océano, compadecidas de su desgracia, acuden á consolarle y se lamentan de la arbitraria autoridad ejercida por Júpiter. Prometeo cuenta á las ninfas la ingratitud del padre de los dioses para con él, y les anuncia que llegará un tiempo en que éste volverá

á necesitar de su apoyo, pero que no se lo anunciará hasta que le haya libertado de las pesadas cadenas que le oprimen.

4.<sup>a</sup> El Océano, tio de Prometeo, atraviesa países inmensos montado en un dragon de rápidas alas, y toma parte en los dolores de su sobrino, ofreciéndole su apoyo. El indomable titan desoye sus amistosos consejos, esperando con valor y resignacion á que se aplaque el resentimiento de Júpiter.

Dirigiéndose en seguida al coro de ninfas, les cuenta los beneficios inmensos de que los hombres le son deudores. En otro tiempo, dice, los mortales veian, pero no veian bien; oian, pero sin comprender. Semejantes á los fantasmas de los sueños, vivieron por espacio de muchos siglos confundiendo todas las cosas. No sabian aprovecharse de las maderas para construir habitaciones en que penetrára la luz del dia, y como débiles hormigas, vivian en cavernas y grutas profundas, donde jamás penetraban los rayos del sol. No distinguian el aterido invierno de la florida primavera, ni del estío, abundante en mieses. Obraban á impulsos de la casualidad, sin conciencia ni reflexion. Compadecido de su ignorancia, les enseñó la ciencia de los números, el alfabeto y la observacion de los astros, unciendo además los bueyes y libertando á los hombres de rudos y penosos

trabajos. Él inventó también los carros, los buques, la Medicina, la Magia y la aplicación del bronce, del oro y de la plata.

5.<sup>a</sup> El coro sigue hablando con Prometeo cuando aparece Io preguntando el nombre de la comarca en que se encuentra y el del titán atado á la roca, y á ruego de las ninfas refiere sus desgracias. Perseguida durante la noche por dulces ensueños, que con seductor lenguaje le aconsejaban que no conservase por más tiempo su pureza, profetizándole su ventura y el amor que Júpiter había concebido hacia ella, se decidió un día á referírselos á Inaco, su padre. Este consulta al oráculo, el cual responde de una manera vaga é incomprendible, hasta que, por último, obtuvo una respuesta clara y categórica. Era la orden de arrojarla del hogar paterno, abandonándola á una carrera incierta y vagabunda que debía llevarla á los confines de la tierra. Su padre obedece las órdenes del oráculo y la arroja de su palacio. Pronto se turba su razón y se alteran sus facciones, convirtiéndose su cabeza en la de una ternera, con dos cuernos en la frente. Perseguida por un tábano de acerado aguijón, se lanzó furiosa de un salto hasta la colina de Lerna, seguida por el implacable Argos, que fijaba en ella sus cien ojos, hasta que un golpe imprevisto le quitó la vida. Desgarrada por el tábano, se ve lanzada de región en región por el látigo que maneja una mano divina.

Concluida la narración de sus aventuras, Io ruega á Prometeo le diga los tormentos que tiene aún que sufrir por horribles que sean; éste accede á sus deseos, nombrándole todos los países que tiene que recorrer hasta llegar á una comarca (Egipto), donde ella y sus hijos fundarán una colonia.

6.<sup>a</sup> Un nuevo delirio se apodera del espíritu de la desgraciada Io, abrasando su cabeza y lacerando su alma. Su corazón espantado late con violencia, sus ojos ruedan en sus órbitas y un impulso ciego é irresistible la lleva á nuevas regiones.

Las ninfas, conmovidas ante la inmensidad del infortunio de Io, perseguida por la cólera rencorosa de Juno, elogian la sabiduría del primero que concibió y enseñó á los hombres la profunda máxima que hace consistir la verdadera felicidad del himeneo en la unión de dos personas de la misma condición y de igual carácter.

Prometeo anuncia que el padre de los dioses caerá de su trono y perderá su imperio. Mercurio, enviado por éste, ordena al titán que aclare aquel misterio y revele el secreto con que amenaza á Júpiter. Prometeo contesta con arrogancia y desprecia al mensajero de los dioses, á quien llama en tono desdeñoso *su esclavo*. Mercurio intenta intimidarle, recordándole la cólera divina y anunciándole que el águila de Júpiter vendrá á roerle eternamente su hígado negro y sangriento. Después, dirigiéndose al coro, le aconseja se retire para que no tenga que sufrir los terribles efectos de la tempestad que el padre de los dioses va á desencadenar sobre Prometeo; el coro se aleja, precedido de Mercurio.

La tierra tiembla, ruge el trueno, brilla el relámpago, estalla el rayo, silban los vientos, y la mar, embravecida, amenaza lanzarse sobre la tierra y anegarla.

#### LAS SUPLICANTES.

7.<sup>a</sup> El argumento de esta tragedia, una de las ménos complicadas que nos ha dejado Esquilo, es muy sencillo.

Las cincuenta hijas de Danao, por no desposarse con los hijos de su tío Egipto, que las perseguían con su amor incestuoso, abandonan su patria, acompañadas de su anciano padre, y se refugian á la Argólida, de cuyo país descendían por la ninfa Io, madre de su raza. El Rey de los pelagos oye la historia de su familia y les concede la hospitalidad. Un heraldo enviado por sus perseguidores amenaza al Rey con la guerra si no le entrega las fugitivas. Pelasgo, in-

dignado, rechaza valerosamente las pretensiones del heraldo, y las danaidas son magníficamente recibidas en Argos.

La escena es á orillas del mar, cerca de Argos; se ve un bosque, una colina y un altar con las estatuas de Júpiter, Apolo, Neptuno y Mercurio.

El coro de suplicantes, compuesto de las danaidas, llevando en la mano el ramo de olivo ceñido con fajas de lana blanca, pide protección á Apolo, Minerva, Neptuno y Mercurio, y les ruega no consientan que los hijos de su tío Egipto se apoderen de él.

8.<sup>a</sup> Danao aconseja á sus hijas la prudencia; les recuerda que su experiencia y su ternura paternal las han guiado á través de las olas, y les anuncia que ve á lo léjos una nube de polvo, *heraldo silencioso de un ejército*, y que distingue soldados cubiertos con sus escudos y armados de lanzas. «Quizá, les dice, los jefes de este país vengan á enterarse por sí mismos de quienes somos, y ora los conduzca un deseo de paz, ora los domine una cólera sombría, lo más seguro es ponernos al abrigo de esa colina consagrada á los dioses. Un altar defiende mejor que una muralla.»

El coro sigue los consejos de su padre, quien le ordena que dirija súplicas á los dioses.

9.<sup>a</sup> Pelasgo, rey de la Argolia, en cuyo país se encuentran las danaidas, sorprendido al ver el extraño traje con que éstas se hallan cubiertas, les pregunta por su patria, admirándose de su audacia, que no temen presentarse en un país extranjero sin hacerse anunciar por los heraldos y sin protector ni guía que las conduzca. El coro responde tan sólo que es extranjero, y pregunta al Rey si es un simple ciudadano, un sacerdote ó el jefe de aquellos lugares. Pelasgo les dice que es hijo de Palecthon, soberano de aquella comarca, les da á conocer los límites de su imperio y á su vez les pregunta por su origen. El coro satisface la curiosidad del monarca, diciéndole

que su raza proviene de Argos, puesto que descende de Io, que siendo simple mortal recibió á Júpiter en sus brazos, hasta que fué convertida en ternera por la diosa Juno. Júpiter se aproximó á ella bajo la forma de un toro impetuoso, y la vengativa diosa la puso bajo la vigilancia de Argos: muerto éste á manos de Mercurio, la envió un tábano que la obligó á huir de region en region. Júpiter, con el solo contacto de su mano, la hizo madre de Epafus, que á su vez fué padre de Libia; ésta de Belo, que tuvo dos hijos, uno de ellos Danao, padre del coro, y el otro Egipto. Las danaidas concluyen pidiendo protección y amparo en su desgracia. Despues, obligadas por Pelasgo, cuentan el motivo que las obligó á abandonar su patria, huyendo de las persecuciones de los hijos de su tío Egipto, que querian desposarse con ellas. El Rey, al oir la petición del coro, reducida á que si Egipto envia algun heraldo reclamando su entrega desatienda su embajada y lo proteja contra cualquiera agresion, teme la guerra, y no atreviéndose á tomar por sí solo una decision, peligrosa siempre, puesto que si abandona á las suplicantes se atrae la cólera de los dioses y si las protege provoca la guerra con Egipto, se decide á consultar con el pueblo, por mas que las danaidas le fuerzan á decidirse por su propio consejo. Ordena á Danao que tome en sus brazos los ramos de olivo y los lleve á los altares de los dioses de su país, á fin de que los ciudadanos vean el motivo que le guia, porque sin esta precaucion seria muy fácil que rechazáran su proposicion. Poco despues se va Pelasgo acompañado de su guardia y queda solo el coro oculto en un bosque.

Danao viene á tranquilizar á sus hijas y les anuncia que Argos les es favorable, y que el pueblo ha decretado que se les considere como habitantes libres, no pudiendo nadie, ni ciudadano ni extranjero, arrancarlos de aquellos lugares.

Un heraldo enviado por Egipto ordena al coro que se embarque

en el navío que en busca suya ha traído él, amenazándole de no hacerlo con la fuerza y la violencia. El coro se resiste y el heraldo se dispone á arrastrarlo por los cabellos, cuando aparece Pelasgo acompañado de sus súbditos, y le reprocha la violacion del territorio de Argolia, obligándole á reembarcarse á pesar de sus amenazas.

**10.<sup>a</sup>** Danao excita á sus hijas á que den gracias á los habitantes de Argos, recordándoles todo cuanto han hecho por ellas, y les ruega que graben para siempre en su memoria esta máxima: «Sólo el tiempo nos enseña lo que valen los desconocidos, y se está siempre dispuesto á maldecir á los extranjeros. No hagáis avergonzarse á vuestro padre, adornadas como os hallais con la flor de la juventud. No hay cosa más difícil que conservar los frutos en su madurez. Las aves, las fieras y los hombres atacan estos frutos, y su belleza misma incita á apoderarse de ellos. Para conservarlos es indispensable rechazar á los que tratan de arrebatarnos. De la misma manera el que pasa cerca de una doncella hermosa se deja dominar por el deseo y la dirige una mirada de amor. Ah! ¡guardémonos de una desgracia que hemos evitado á costa de tantos sacrificios! ¡no vayamos á cubrirnos de vergüenza, regocijando así á nuestros enemigos!»

Oído el consejo de su padre, el coro se divide en dos y canta las alabanzas de los dioses inmortales, dueños y protectores de Argos, olvidándose por completo de las olas del Nilo. Glorifican á la casta Diana y á Vénus, la diosa de la hermosura, acompañada de los amores y precedida de la Harmonía.

#### LOS SIETE CONTRA TÉBAS.

**11.<sup>a</sup>** Eteocles, rey de Tébas, anima á sus vasallos á la defensa de la ciudad sitiada por los enemigos. Con objeto de fortalecer su valor, les recuerda los objetos queridos de cuya conservacion están encargados: la ciudad, los altares de los dioses patrios, sus tiernas

madres, las idolatradas esposas, los tiernos hijos y todo lo que es objeto de su amor.

«Hasta ahora, les dice, el cielo habia protegido á los tebanos, pero el adivino Tiresias, padre de los augurios, cuyo espíritu comprende la voz de los pájaros proféticos, ha hablado, y anuncia que los agneos han resuelto dar el asalto decisivo y que la ciudad debe prepararse para cualquier desgracia. Corred á las murallas, tomad vuestras armas, no perdais nada de vuestra audacia ni tembleis ante el inmenso número de los sitiadores: el cielo nos es favorable.»

Apénas Eteocles acababa de pronunciar estas palabras, cuando un espía, mandado por él al campamento enemigo, viene á traerle nuevas ciertas de su ejército, y le da cuenta del juramento pronunciado por sus contrarios.

Siete jefes, guerreros indomables, inmolaron un toro; la sangre de la víctima fué recogida en un escudo negro; los siete sumergieron en ella sus manos y juraron por el dios Marte, la diosa Belona y el Terror, asaltar la ciudad de Tébas, saquearla y destruirla, ó perecer todos al pié de sus murallas.

Hecho este juramento, prepararon los objetos que, como recuerdo, habian de enviar á las personas queridas que los aguardaban en su patria, si acaso morian en el combate.

**12.<sup>a</sup>** El coro, compuesto de las mujeres tebanas, lanza gritos de dolor, arrodillado ante las imágenes de los dioses. Al ver el ejército enemigo que abandona su campo y se dirige á la ciudad, el escuadron innumerable de caballeros, las nubes de polvo que, mudos, pero fieles mensajeros, oscurecen el sol; al oír el relinchar de los caballos y el ruido espantoso que, semejante al mugido de un torrente, se eleva de las filas contrarias, se pregunta quién salvará la ciudad de Tébas; y abrazado á las estatuas de los dioses inmortales, le pide proteccion para su patria. Eteocles, indignado al oír los queji-

dos del coro, le reprende de una manera violenta, acusándole de amortiguar el valor en el pecho de los heroicos defensores de Tébas, y le impone silencio, amenazándole con la muerte. El coro se disculpa diciendo que pedia á los dioses proteccion para la ciudad; entónces Eteocles le aconseja que entone el cántico sagrado, pero lleno de dulces esperanzas y felices presagios, que entonan los griegos en los sacrificios y que reanima el valor de los guerreros. El canto es el siguiente: «Os juro, dioses protectores de mi país, guardianes de Tébas, que velais sobre nuestras llanuras, y á vosotras, fuentes de Dirce y de Irmenius, os juro, que si nuestros ejércitos salen vencedores, si Tébas se salva, regaré vuestros altares con la sangre de las víctimas y haré en vuestro honor una sangrienta hecatombe. Os juro depositar en vuestros templos los trofeos del enemigo y los despojos conquistados por la victoria.»

**13.<sup>o</sup>** El coro aconseja á Eteocles que no combata con su hermano Polinice, encargado por los enemigos de Tébas de atacar la séptima puerta de la ciudad.

Eteocles desoye este consejo y acude á las murallas á rechazar el ataque. Los tebanos salen vencedores, pero los dos hermanos mueren en el combate, peleando uno contra otro.

**14.<sup>o</sup>** Los cadáveres, traídos ante el coro, le hacen derramar amargas lágrimas de desconsuelo. Ismenia y Antígona, hermanas de los dos guerreros, lloran sobre sus restos mortales y recuerdan la fatal prediccion de su padre Edipo, que al ser desterrado de Tébas por sus hijos, anunció que perecerian en lucha fratricida. Antígona, llevada de su cariño fraternal, quiere que se hagan los honores fúnebres á Polinice, muerto batallando contra Tébas. El coro se divide en dos medios coros. Una mitad acompaña el cadáver de Eteocles y otra el de Polinice, que, aunque enemigo de Tébas, habia nacido dentro de sus murallas.

## LA ORESTIA (*trilogia*).

AGAMENON, LOS COÉFOROS Y LAS EUMÉNIDES.

**15.<sup>o</sup>** *La Orestia* es la obra maestra de Esquilo: las tragedias que componen esta trilogia están unidas entre sí por un lazo indisoluble: la una conduce á la otra, la prepara y la explica.

Agamenon habia prometido á su esposa Clitemnestra anunciarle la toma de Troya el dia mismo en que los griegos entrasen en la ciudad de Príamo. Una hoguera encendida en la cumbre del monte Ida daría la señal, y de montaña en montaña llegaría la noticia hasta Argos. Un hombre encargado de anunciar á Clitemnestra el momento en que aparezca la señal vela durante toda la noche en lo más alto del palacio de los Atridas.

Es de noche y el pueblo de Argos está entregado al más profundo reposo. El centinela deplora tristemente su infortunio y pierde la esperanza de ver lucir el fuego que anuncia la toma de Troya. De repente el fuego se enciende en la montaña vecina: lanza un grito de alegría y baja á despertar á la reina. Delante del palacio se ve al coro, compuesto de los ancianos á quienes su edad y sus achaques han impedido marchar á la guerra. Recuerdan en admirables cantos el origen de la lucha entre Europa y Asia, las profecias de Calcas y el sacrificio de Ifigenie. Bien pronto Clitemnestra viene á participar en medio de ellos de la alegría que causa á la Grecia entera la nueva anunciada por las hogueras. Al cabo de algun tiempo llega un heraldo que describe el espectáculo de la ciudad de Príamo, tomada, saqueada y entregada á las llamas. En fin, Agamenon mismo entra en escena conduciendo cautiva á Casandra, la profetisa desconocida. Clitemnestra recibe á su esposo con una alegría páfida, haciendo extender bajo sus pasos tejidos preciosos para que el pié del vencedor

no toque la tierra. Agamenon entra en el palacio, pero Casandra permanece en el mismo sitio, muda y silenciosa, á pesar de los testimonios de interes que la prodiga Clitemnestra. Se queda sola con el coro, y acosada repentinamente por un delirio espantoso, lanza gritos confusos, ve el asesinato que se prepara, anuncia la muerte de Agamenon y la suya, y la venganza que se cumplirá algun día; despues, arrastrada por una fuerza irresistible, corre á entregarse al hierro de sus verdugos. Se oyen los gritos de Agamenon espirante; el palacio se abre, y Clitemnestra, de pié al lado de sus victimas, se gloria de un asesinato que, á sus ojos, no es más que la justa venganza del de Ifigenie. Egisto viene á su vez á alabarse de la parte que ha tomado por sus consejos en la muerte de Agamenon.

Han pasado muchos años: Orestes se ha hecho hombre y ha recibido del oráculo la orden de castigar á los asesinos de su padre. Acompañado de su inseparable amigo Pilades, llega cerca de la tumba de su padre, invoca sus manes y anuncia los proyectos de venganza que le traen á aquel sitio desde el fondo de su destierro, y deposita como ofrenda un bucle de sus cabellos. Las cautivas troyanas, conducidas por Electra, hermana de Orestes, vienen á hacer libaciones sobre la tumba del Rey. La reina Clitemnestra las envia allí con la esperanza de evitar el cumplimiento de los presagios que la anuncian sueños terribles en el silencio de la noche. Despues de un reconocimiento más ó ménos hábilmente preparado, los dos hermanos conciertan los medios de asegurar la ejecucion de su proyecto. Orestes se presentará como un extranjero venido del país donde se educaba el hijo de Agamenon, y anunciará su propia muerte: se le recibirá en el palacio y los asesinos perecerán á su vez. Todo se verifica como se habia previsto. En el momento de herir á su madre el desaliento se apodera de su corazon, pero la voz severa de Pilades le recuerda la orden y las amenazas del oráculo de Apolo, el sentimiento de amor

filial desaparece, y no viendo en su madre más que una mujer culpable, le da la muerte. Entónces, como al fin del *Agamenon*, los cadáveres son presentados á las miradas de los espectadores. Orestes enseña al pueblo el velo en que los asesinos envolvieron á su padre para degollarlo á mansalva. De repente siente que su razon se extravía y anuncia que va á refugiarse al templo del dios que le habia mandado tomar la venganza que acababa de ejecutar.

Al principio de las *Euménides* nos encontramos ante el templo de Delfos. La Pitonisa, vestida con su traje sacerdotal, dirige sus oraciones á los dioses: entra en el templo para colocarse sobre el trípode sagrado, pero retrocede dominada por un terror profundo. Ha visto un hombre en la actitud y con el traje de los suplicantes y bañadas las manos en sangre: las furias dormian á su alrededor. Orestes sale del templo conducido por Apolo, que le promete su ayuda y le ordena ir hácia Atenas. Obedece y parte. La sombra de Clitemnestra dirige á las furias amargos reproches porque han dejado escapar al culpable. Las furias se despiertan lanzando gritos horribles. Apolo las arroja fuera de su templo. La escena cambia: el espectador ve el templo de Minerva y la colina del Areópago en Atenas. Orestes aparece abrazado á las estátuas de los dioses. Las furias vienen siguiendo sus huellas. Minerva se encarga de decidir la cuestion entre Orestes y sus perseguidoras. Rodeada de jueces probos y justos empieza la causa. El número de votos es igual en pro y en contra: el acusado es absuelto. Las furias, gracias á la elocuencia de Pálas, se tranquilizan; prometen bendecir el suelo de Atica, donde Minerva les concede un santuario, y se retiran acompañadas de una tropa de viejos, mujeres y niños, vestidos con trajes de fiesta y cantando himnos religiosos.

El centinela, encargado por Clitemnestra de espiar durante la noche el momento en que aparezca la señal que ha de anunciar la toma

de Troya, ve á lo léjos brillar el fuego mensajero de tan fausta nueva y corre al palacio de los Atridas á avisar á la Reina, que se halla entregada al reposo.

El coro de ancianos, delante del palacio de sus reyes, recuerda la partida de los guerreros que fueron á combatir á Troya. La profecía de Calcas y el sacrificio de Ifigenia.

**16.<sup>a</sup>** Clitemnestra anuncia al coro la entrada de los griegos en la ciudad de Troya y dispone que se hagan sacrificios en honor de los dioses. Los ancianos dudan de la verdad de tan feliz anuncio; pero, convencidos por Clitemnestra, se preparan á dar gracias á los dioses, y recordando en sus cantos la huida de Elena, causa primera de la guerra de Troya, pintan á Menelao entregado á un dolor profundo, pero silencioso y tranquilo. El recuerdo de su infiel esposa y su imagen, que ve en sueños, sólo sirven para ahondar más y más la herida de su corazón y despertar la cólera en su alma resignada.

**17.<sup>a</sup>** Taltibo, heraldo enviado por los griegos, saluda á Argos, su patria, despues de diez años de ausencia, anuncia la venida de Agamenon y manifiesta deseos de que se haga al vencedor de Troya un recibimiento digno de su gloria y del amor que le profesan sus vasallos.

Poco despues aparece Agamenon acompañado de Casandra, profetisa troyana, que viene cautiva. Clitemnestra recibe á su esposo con demostraciones de un cariño que está muy léjos de sentir, puesto que tiene ya proyectada su muerte y ha faltado á la fidelidad de esposa en brazos de su amante Egisto.

**18.<sup>a</sup>** Casandra es presentada por Agamenon á Clitemnestra. La profetisa troyana rehusa entrar en el palacio de los Atridas, y quedándose con el coro, anuncia su propia muerte y el espantoso asesinato que pondrá fin á la vida del Rey de Argos. Arroja su cetro y sus guirnaldas y penetra en el palacio, entregándose ella misma al hierro

de sus verdugos. De repente se oye la voz moribunda de Agamenon, traidoramente asesinado por su esposa y por Egisto. Clitemnestra aparece ante el coro, que la contempla mudo de espanto. La adúltera se vanagloria del crimen que acaba de cometer y amenaza al coro que le echa en cara su conducta criminal. Egisto se presenta también insultando al coro y procurando atemorizarle con la prision y la muerte.

**19.<sup>a</sup>** La escena primera de los *Coéforos*, segunda de las tres tragedias que componen la Orestia, pasa ante la tumba de Agamenon, delante del palacio de los Atridas. Orestes, acompañado de su amigo Pilades, viene desde el fondo de su destierro á prosternarse ante la tumba de su padre, y deposita en ella dulces ofrendas de su cariño filial. El coro, compuesto de jóvenes de Argos, cubiertas con negras vestiduras, vienen á ofrecer libaciones ante el sepulcro real con objeto de apaciguar los manes irritados del desgraciado Agamenon. Electra, hija de Clitemnestra y hermana de Orestes, viene á su cabeza y les pide consejos acerca de las palabras que ha de pronunciar al depositar las ofrendas funerales. Sorprendida é inquieta al ver un bucle de cabellos sobre la tumba de su padre, siente su corazón palpar de temor y esperanza observando la notable semejanza de color que aquel rizo presenta con las trenzas de sus cabellos, y se acuerda de su hermano Orestes, única persona que á su parecer podría haber hecho aquella ofrenda.

**20.<sup>a</sup>** Orestes se presenta ante los ojos admirados de su hermana Electra, y despues de haberse dado á conocer, proyecta, de acuerdo con ella, el medio de castigar á los asesinos de su infortunado padre. Convienen en que Pilades y él entrarán en la ciudad como extranjeros, y ayudados de Electra, que volverá al palacio de los Atridas, ejecutarán su siniestro designio y el asesinato de Agamenon quedará vengado.

**21.<sup>a</sup>** Orestes se presenta en el palacio de Clitemnestra pidiendo hospitalidad y diciendo que viene de la Focia. Anuncia la muerte de Orestes, y hace que su madre avise á Egisto. Reunidos los asesinos en la morada de Agamenon, Orestes sepulta su daga en el corazon de Egisto. En el momento de herir á su madre, siente desfallecer su corazon; pero la voz severa de Pilades, que le recuerda los oráculos de Apolo, reanima su valor y Clitemnestra cae al lado de su amante.

**22.<sup>a</sup>** Cumplida su venganza, Orestes enseña al coro, reunido ante el palacio, los cadáveres ensangrentados de su madre y de Egisto y el paño que sirvió para envolver á Agamenon y asesinarlo. De repente siente que su razon se extravía, su corazon palpita de rabia, las furias le acosan por todas partes, y apoderándose del ramo de *suplicante*, se lanza hácia el templo de Apolo á pedir al dios proteccion y amparo.

**23.<sup>a</sup>** La escena de las *Euménides* pasa al principio en Delfos y despues en Aténas. El asunto de esta lámina lo ha tomado FLAXMAN de unas palabras de la Pitonisa que invoca á las tres divinidades Apolo, Diana y Laton.

**24.<sup>a</sup>** La Pitonisa, despues de haber entrado en el templo, sale precipitadamente lanzando exclamaciones de horror por haber visto á Orestes con el ramo de *suplicante* en la mano, arrodillado ante la estatua de Apolo y á las furias durmiendo á su alrededor. El dios aconseja á Orestes que huya, aprovechándose del sueño de sus perseguidoras. «Ellas, dice, te perseguirán aun á traves del vasto continente, en los mares y en las islas, y dirigirás tu paso vacilante por toda la haz de la tierra; pero que este inminente peligro no te haga perder el valor. Dirígete á la ciudad de Pálas y abraza la antigua estatua de la diosa. Allí tendremos jueces y no me faltará elocuencia para ponerlos de tu parte; sí, yo encontraré un medio para librarte

de tus angustias, porque yo fui el que te aconsejé el asesinato de tu madre.» En seguida el dios sale acompañado de Orestes.

**25.<sup>a</sup>** La sombra de Clitemnestra acusa á las furias por haber abandonado su causa, entregándose al sueño y dejando huir al culpable. Las furias se despiertan lanzando aullidos salvajes, y Apolo las arroja de su templo.

**26.<sup>a</sup>** Orestes, abrazado á la estatua de Minerva, invoca á la diosa con estas palabras: «Poderosa Minerva: me presento ante tí de orden de Apolo; acoge benévola á un desgraciado cuyas manos no están manchadas por la impureza. El asesinato de mi padre está expiado: muchos templos me han acogido ya y muchos mortales me han saludado al pasar; he atravesado la tierra y los mares, fiel á las órdenes fatídicas de Loxias y vengo, oh diosa! á tu templo, al pié de tu estatua. Aquí esperaré mi sentencia.» Las furias descubren á Orestes y le amenazan con los más espantosos padecimientos, de los cuales no podrá librarle todo el poder de Apolo y de Minerva, prediciéndole que perecerá abandonado de todos, *extraño á la alegría*, y que le perseguirán aun hasta las regiones infernales.

**27.<sup>a</sup>** Minerva, invocada por Orestes, acude á sus ruegos desde las orillas del Escamandro. Las furias y su víctima hacen á la diosa juez en su contienda, y no atreviéndose ésta á decidir la cuestion, nombra un tribunal compuesto de los varones más integros, llamado despues Areópago. Despues de alegar unos y otros sus razones, los individuos del tribunal absuelven á Orestes. Minerva calma á las furias, ofreciéndoles altares y homenaje por parte de los atenienses.

#### LOS PERSAS.

**28.<sup>a</sup>** El coro de los ancianos encargados por Jerjes de la custodia de su palacio, recuerda el nombre de los héroes que acompañan al hijo de Dario en su temeraria conquista de la Grecia: un sombrío

presentimiento agita su espíritu y el temor embarga su alma. La sola posibilidad de una derrota le hace temblar, y en su temor se imagina ver á la ciudad de Susa (capital del imperio) por el llanto de sus mujeres, que ensordecen el aire con el grito terrible de: «¡Desgraciado, desgraciado ejército el de los persas!»

La reina Atossa, madre del infortunado Jerjes, abandona su régia habitación, é inquieta y sobresaltada, viene á pedir consejo á los ancianos, comunicándoles ántes sus propios temores. Desde el momento en que su hijo, ardiendo en deseos de devastar la Grecia, partió para la conquista con su ejército y su armada, innumerables sueños la persiguen durante el silencio de la noche. En el último de los que la habían asaltado, se le figuró ver dos mujeres magníficamente vestidas: la una llevaba el traje persa y la otra el griego. Su porte era majestuoso y extraordinaria su belleza: eran dos hijas de la misma raza, dos hermanas. El destino las había dado patrias distintas, la Persia y la Grecia. Jerjes apaciguó una disputa suscitada entre ellas y las unció á su carro. Pero bien pronto la jóven griega, impaciente por sacudir su yugo, rompió el freno que la sujetaba é hizo volcar la carroza, que arrastró á Jerjes en su caída. Dario, padre del monarca, vino desde la region de las sombras á consolar á su hijo; á esta aparicion el Rey de los persas desgarró sus vestiduras. Al despertar de tan terrible ensueño, la Reina bañó sus manos en una fuente, y preparada ya al sacrificio, se aproximó al altar. En el instante mismo que presentaba su piadosa ofrenda á los dioses protectores contra los presagios siniestros, un águila vino á refugiarse en el altar del Sol. Al poco tiempo un gavilan, arrojándose sobre ella, desgarró su cabeza. El águila, espantada, no opuso resistencia.

29.\* El coro aconseja á la Reina que haga ofrendas y libaciones á los dioses, rogándoles que si el presagio es funesto, impidan su

cumplimiento, realizándolo si, por el contrario, es favorable á los persas. Atossa se dispone á partir en el momento en que un correo llegado de Grecia le trae noticias de su hijo y del ejército que le acompaña.

El mensajero, despues de exhalar tristes quejas, anuncia que la armada de los persas ha perecido completamente. Al oír tan triste nueva, el coro y la Reina dan rienda suelta á sus lágrimas, lanzan exclamaciones de dolor y ordenan al mensajero que les cuente los detalles de tan horrible catástrofe. Asegurando ante todo que Jerjes vive, el enviado enumera los jefes muertos en la batalla de Salamina, citando, entre otros, los nombres de Artembares, Dadaces, Téna-gon, el más bravo de los guerreros de la Bactriana; Arsamo, el mago Arabus, Artamés, Amestris, el valeroso Ariomardus y Sijennésis, príncipe de la Cilicia, el más intrépido de los jefes. Interrumpido por las exclamaciones de Atossa, que le pregunta cuántos bajeles tenían los griegos para atreverse á empeñar la batalla, el mensajero confiesa que eran inferiores en número, puesto que no contaban más que trescientos, al paso que ascendían á mil los que componían la armada de Jerjes. Atribuyendo á un dios encolerizado ó á un genio fatal la derrota de los persas, describe á la Reina la batalla de Salamina.

Un soldado griego de la armada ateniense vino á decir á Jerjes que en cuanto las sombras de la noche cubrieran la tierra, los griegos abandonarían la posicion que ocupaban, y volviendo á embarcarse huirían protegidos por la oscuridad. El monarca, confiando en el aviso del griego, ordenó colocar sus navíos en tres filas y ocupar todas las salidas y estrechos, mandando además atacar la isla de Ajax. Si á pesar de estas precauciones los griegos lograban evadirse, los jefes de la armada pagarían con su cabeza su descuido. Sin embargo, pasaba la noche y nada indicaba que los griegos tratáran de

fugarse. Bien pronto la Aurora, la de los blancos corceles, iluminó la tierra con su luz; en este momento un clamor inmenso se levantó entre las filas griegas. Engañados en sus esperanzas los persas, se sobrecogieron de espanto, porque este clamor era la señal del combate. Los griegos se arrojaron á él llenos de una invencible audacia: los persas responden con su grito de guerra, y las dos flotas se entrechocan y confunden. Pero encerrados en un lugar estrecho los navíos persas, en vez de prestarse mutuo apoyo, se estorban y se estrellan unos contra otros. Entre tanto, la armada griega, por medio de una hábil maniobra, los envuelve y los destruye, sembrando entre ellos horrible confusion y espantoso desórden. La noche pone fin al combate, quedando vencedores los griegos, que causaron á sus enemigos grandes pérdidas é innumerables víctimas.

**30.<sup>a</sup>** El mensajero continúa la triste narracion de la derrota de los persas, anunciando á la desconsolada Reina que lo que acaba de contarle no es la mayor de las desgracias que pesan sobre el ejército de su hijo Jerjes. Atossa le manda que hable, y él describe de la manera siguiente esta nueva y horrorosa catástrofe.

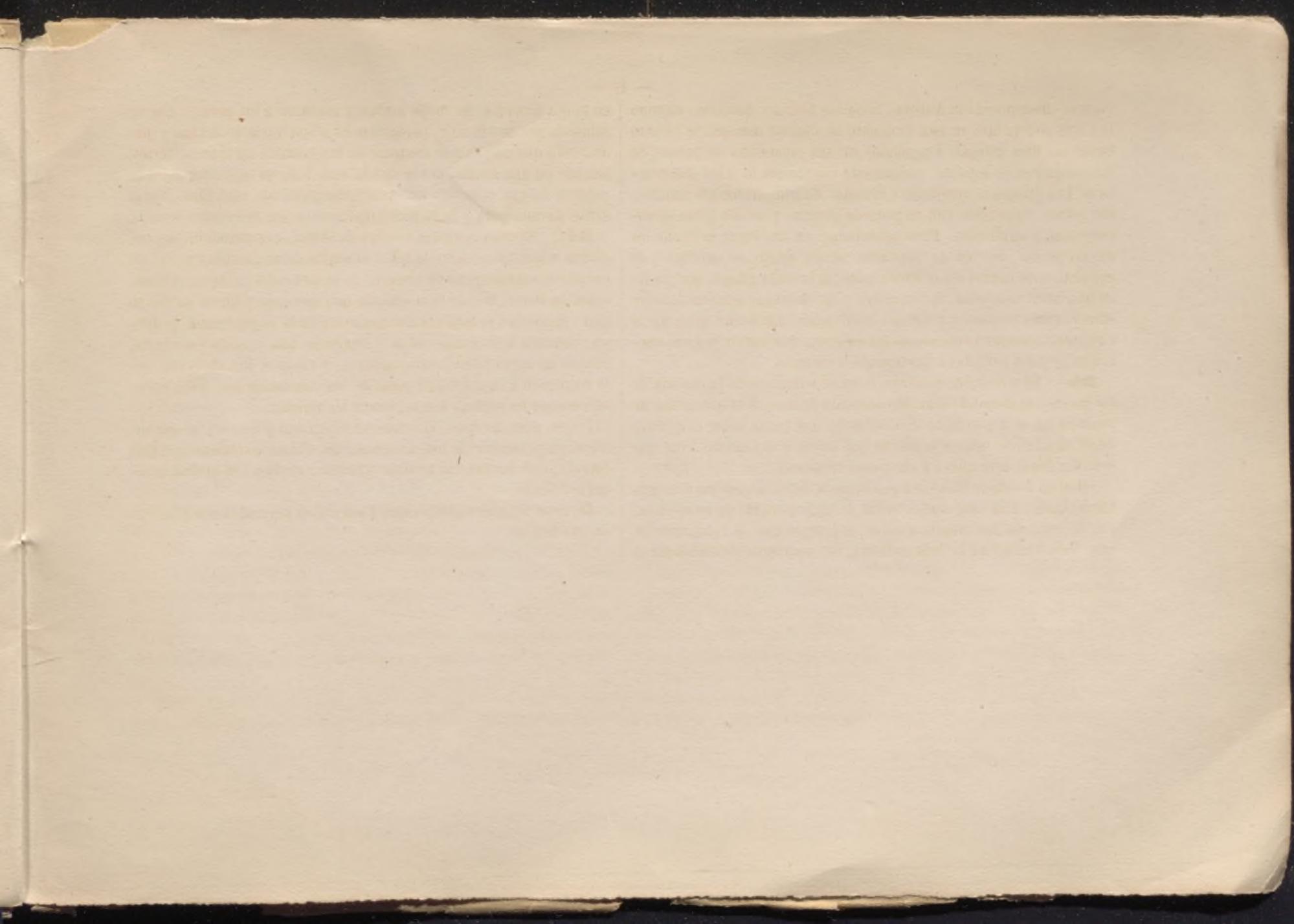
«Hay en frente de Salamina una isleta de difícil acceso para las embarcaciones, á la cual Jerjes envió lo más escogido de su ejército, con la órden de dar muerte á todos los griegos que se refugiasen en ella. Pero vencedora la flota enemiga, sus guerreros desembarcaron

en la isla armados de todas armas y atacaron á los persas, que no sabiendo por donde huir, perecieron bajo una lluvia de flechas y piedras, sin que uno solo se escapase de tan horrible carnicería. Jerjes, sentado en una altura, desde donde veia todo su ejército, llora al aspecto de tan inmenso infortunio, desgarrá sus vestiduras, lanza gritos de amargura y huye precipitadamente con su ejército.»

**31.<sup>a</sup>** El coro invoca la sombra de Dario, que abandona las regiones infernales ansioso de saber la suerte de su querida Persia; los ancianos, sobrecogidos de respeto, no se atreven á hablarle. Atossa, viuda de Dario, le cuenta la derrota que por mar y tierra sufrió su hijo: la sombra se lamenta amargamente de la imprudencia de Jerjes, aconseja á su madre salga á recibirle con nuevas vestiduras, porque las suyas están hechas pedazos, y ruega á los ancianos que se entreguen á la alegría, á pesar de las desgracias que les afligen, volviéndose en seguida á la region de las tinieblas.

Jerjes, desconsolado, lamenta su desgracia y tiembla al encontrarse en presencia de los ancianos, los cuales exclaman: «¡Qué derrota, qué derrota tan terrible! ¡El Asia, oh Rey, se inclina sobre sus rodillas!»

De estas últimas palabras sacó FLAXMAN la magnífica composicion de esta lámina.



PRADO  
Obras completas  
de Flaxman  
Vol. 802  
1948

MUSEO NACIONAL  
DEL PRADO

Obras completas  
de Flaxman

Mad/892



1074091

### CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Comprende nuestra publicacion las ocho colecciones siguientes :

La Iliada, de Homero. . . . .	40 láminas.	Los Dias y la Teogonia, de Hesiodo. . . . .	37 láminas.	El Paraiso, del Dante. . . . .	34 láminas.
La Odisea. . . . .	35 »	El Infierno, del Dante. . . . .	39 »	Estátuas y bajos relieves. . . . .	14 »
Las tragedias de Esquilo. . . . .	31 »	El Purgatorio, del mismo. . . . .	38 »		

Van publicadas LA ILIADA, de *Homero*; EL INFIERNO, EL PURGATORIO, Y EL PARAISO, del *Dante*; LA ODISEA, de *Virgilio*, y LOS DIAS Y LA TEOGONIA de *Hesiodo*.

Sale esta obra por entregas, que contienen seis láminas, y se publica una cada quince dias. — El precio de cada entrega en papel blanco es de dos reales, y en papel de China cuatro reales, tanto en Madrid como en provincias.

Sigue abierta la suscripcion en Madrid : libreria de la *Publicidad*, pasaje de *Matheu*; y de *Moro*, Puerta del Sol. En Provincias, en las porterías de las Academias de Bellas Artes.

En consideracion á lo adelantado de esta publicacion, se admiten suscripciones á recibir y pagar dos ó más entregas cada quince dias, desde la primera, evitando así el desembolso de una vez por todo lo publicado.

Tambien se admiten suscripciones á cualesquiera de las colecciones, para los que, deseándolo así, no quieran tomar las demás de la obra. Las reclamaciones se dirigirán en esta córte á la calle Ancha de San Bernardo, 15.